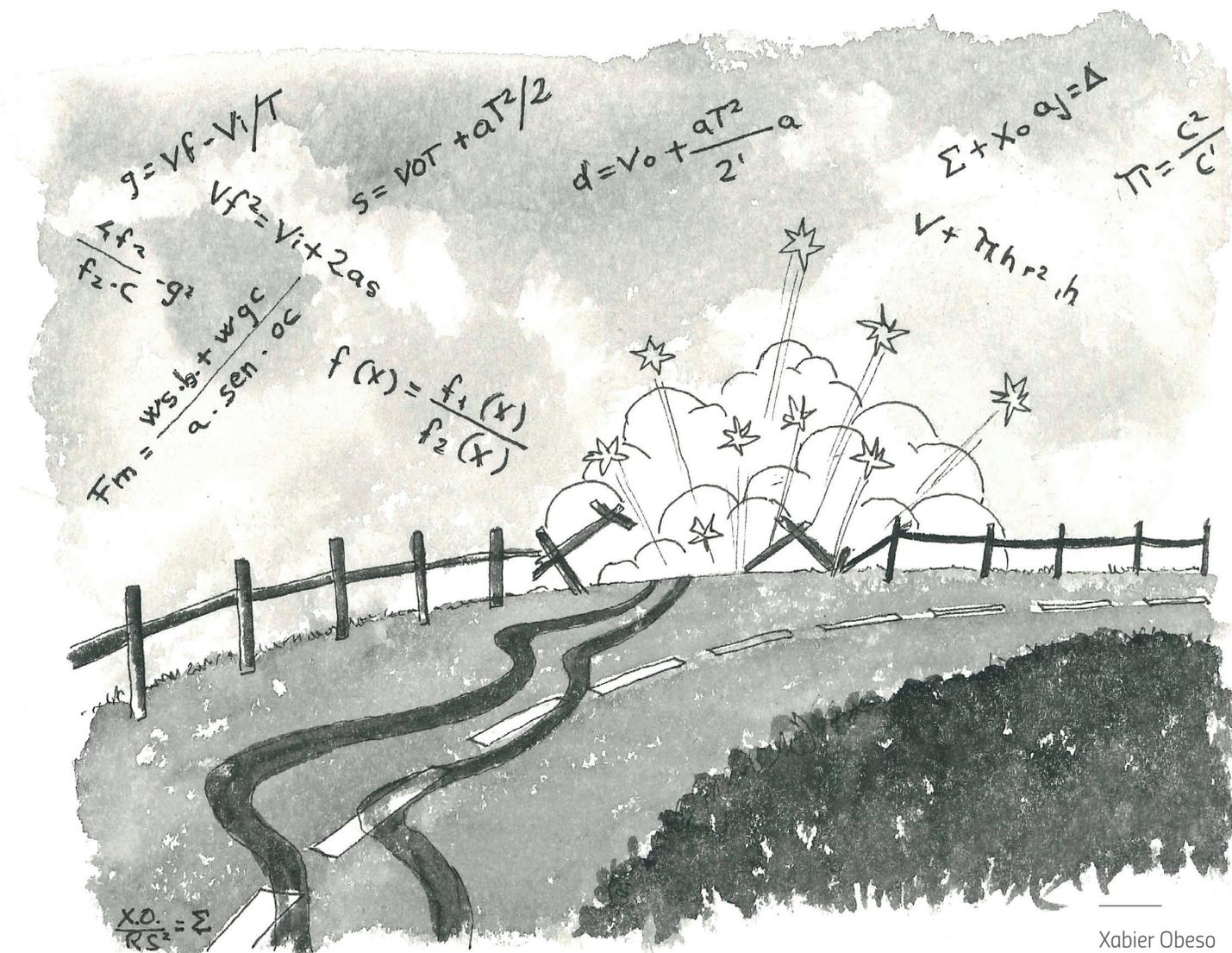


La variable Magnus

Arturo Sánchez Velasco

Cuento ganador en la modalidad de castellano del XXXVI "Concurso de Cuentos Villa de Erretereria" organizado por Ereintza Elkarte, con el patrocinio del Ayuntamiento de Erretereria.



Xabier Obeso

Magnus Verhardt ha muerto.

Hoy en mi periódico vienen anunciadas cuatro defunciones notables. No cuento la página de obituario ni las noticias catastróficas tipo avalancha humana en Filipinas, ataque terrorista en Teherán, represión en Damasco. Hoy han muerto Magnus Verhardt, Aiora Alkiza, Preston Abbott Phillips y Abacus Epotek.

No lo entiendo. La muerte de Abacus Epotek es normal, no era ningún genio, era un excampeón de halterofilia turco. Murió aplastado por un camión intentando superar el récord mundial de levantamiento de vehículos. Un simple error de cálculo. Cualquier estudiante de física le habría advertido.

La muerte de Aiora Alkiza es normal. Esta cantante folk navarra era declaradamente adicta a la heroína. Murió de sobredosis. Un simple error de cálculo. Cualquier estudiante de química la habría prevenido.

La muerte de Preston Abbott Phillips es normal. Preston Abbott Phillips era químico de verdad. Preston Abbott Phillips debería haberse movido exclusivamente en el mundo de la ciencia, no en el de los hombres. Preston podría haber sido una eminencia en el campo de los biocombustibles, pero prefirió quedarse en el mundo de los hombres. Preston murió manipulando la combinación de goma² que debía instalar en el aparcamiento de un centro comercial en Atlanta, Estados Unidos. Preston era un militante de ultraderecha. Preston nunca debería haber tenido ideas, debería haberse quedado con sus fórmulas químicas.

Magnus Verhadht es/era ganador de un Premio Nobel de Física por sus estudios en el campo de la geometría diferencial y el cálculo de variedades diferenciales.

Magnus Verhadht tenía una mente privilegiada. Podía calcular operaciones complejas con la eficiencia de un ordenador. De pequeños todos jugábamos a buscar matrículas donde se repetía una misma cifra tres o cuatro veces; Magnus jugaba a buscar matrículas con números primos, hablamos de matrículas de cuatro cifras.

Magnus Verhardt ha muerto en una carretera. Magnus Verhardt y su coche han acabado atrapados en la órbita de un tráiler de dieciséis ruedas. En la carretera quedó el esqueleto calcinado del coche, la cabina del tráiler inutilizada por el incendio, los cuerpos

carbonizados de Magnus Verhardt y acompañante, el remolque del tráiler medio volcado con diez de sus ruedas haciendo equilibrios en el borde de un talud. Sobre el asfalto se ven las marcas de caucho, en uno y otro sentido, las del tráiler y su remolque, las del coche de Magnus Verhardt. El ojo experimentado no ve huellas de neumáticos, no ve simple caos de derrapadas y restos de un accidente, ve el dibujo de ese accidente, ve los trazos de la muerte esbozados sobre el asfalto. El Volvo de Magnus Verhardt dejó una doble línea negra sobre el asfalto que no era otra cosa que la tangente de la curva de la que estaba saliendo. El vehículo, es presumible, iba demasiado rápido y la fuerza centrífuga, Magnus debería haberlo previsto, fue intolerablemente alta. Los neumáticos abandonaron los niveles seguros de fricción con el asfalto y comenzaron a deslizarse sobre él sin ningún control. La línea es ligeramente curva.

Los sistemas electrónicos de abs y control de tracción no pudieron hacer nada, tienen sus límites. Magnus Verhardt los sobrepasó en aquella carretera de montaña.

No lo entiendo. No hay nada anormal en este accidente. Es una simple cuestión física: el coche iba demasiado rápido. Los cálculos básicos sobre el papel apenas habrían llevado a Magnus Verhardt unos instantes. En la práctica falló. Tal vez la academia sueca debería plantearse retirarle el Nobel a título póstumo. Alguien que muere tan estúpidamente no merece ningún reconocimiento.

Magnus Verhardt tenía ese don, lo veía todo en términos matemáticos. Desde niño la realidad respondía únicamente a valores aritméticos. Donde otros veían una hucha llena él veía la cantidad exacta; donde su padre veía tráfico él veía velocidades, aceleraciones, vectores y fuerzas físicas; donde su madre veía una cesta de la compra él calculaba la fuerza calórica de cada producto. Él veía los combates de boxeo en kilojulios y el pedalear de un pelotón en watios. Podía hacer todos esos cálculos mental-

mente. No veía un tapete liso de billar, sino todas las variantes para hacer carambola; no miraba a sus compañeros de trabajo como tales, sino en niveles de productividad. Dicen que de adolescente trabajó temporalmente en una envasadora de tulipanes en su Holanda natal. Sabía exactamente cuántos tulipanes había manufacturado cada uno de los empleados. De alguna manera veía ese gráfico sobre las cabezas de la gente. La vida era así para él. Era un suplicio para los que se movían a su alrededor. Para él una maldición. Hubiese querido contemplar un paisaje en calma alguna vez.

Hubiese querido visitar una ciudad como un simple turista una vez en su vida. Era imposible, siempre aparecían esos gráficos variables y esos cálculos constantes. Todo debía ser contado en su existencia. Toda fuerza debía ser calculada.

No entiendo, entonces, por qué aquel Volvo azul metalizado entró en aquella curva sin que una cifra variable se iluminara en rojo y parpadeara en su cabeza. Solo me viene a la mente, claro, la sentencia de Einstein: "cuando las leyes de las matemáticas se refieren a la realidad, no son exactas; cuando son exactas, no se refieren a la realidad."

Magnus Verhardt era miembro fundador del Club de Números Primos. Los otros miembros fundadores eran el suizo Phillippo Kluge y el chileno Gustavo Engarcerán. Nunca admitieron a ningún otro socio, eso hubiese deshecho el número primo de afiliados. La sociedad se constituyó en Salamanca, España, donde los tres compartían habitación en una residencia de estudiantes mientras disfrutaban de una beca europea de investigación. Una noche a comienzo de curso se vieron atricherados en su habitación mientras los estudiantes veteranos aporreaban la puerta con una saca llena de plumas y brea. Para sobrevivir el semestre, se autoconvencieron de que nada de lo que sucedía al otro lado de la puerta valía la pena. En principio no se dieron cuenta de que eso abarcaba toda la realidad del mundo exterior; luego, cuando lo

entendieron, decidieron extremar su postura. Acabaron la noche haciendo la promesa de dedicar todo su conocimiento al campo teórico, las ciencias puras, ignorando cualquier aplicación en el mundo físico. La sociedad era tan ortodoxa en sus principios que ni siquiera tenía sede física, ni reuniones; los encuentros se producían virtualmente a través de cartas, llamadas telefónicas y primeros intentos de conexión por computadoras. Treinta años después solo Magnus Verhardt seguía fiel a los preceptos de la Sociedad de Números Primos, ya que toda su carrera se había centrado en el campo más teórico. Phillippo Kluge había ganado el Premio Nobel de Economía por sus estudios sobre "Economías comunicantes", o cómo se comportan las economías emergentes ante las crisis locales. Gustavo Engarcerán nunca pasó de un curriculum mediocre por culpa de las drogas, así que su carrera cayó en barrena y acabó como profesor adjunto en una universidad privada. Magnus nunca, en ningún momento de su carrera, hasta ahora, se había sentido tentado por las ofertas que lo habían atraído hacia el mundo físico.

Federico Montorfano ha muerto en el mismo accidente de coche que Magnus.

Federico era una prometedora estrella del fútbol contratada a base de talonario por el mediocre equipo de fútbol local. Federico y Magnus eran amantes. Por eso se ha ocultado su muerte. Por eso solo hay cuatro muertes notables en mi periódico y ninguna de ellas es la de Federico. La realidad es intolerable para las respectivas familias.

Federico tiene madre, tiene padre; no tiene mujer, no tiene hijos. Magnus tiene cinco pequeños. En realidad son siete, pero dos son mayores de edad, de su primer matrimonio.

Luego tiene tres de un segundo matrimonio con una colega de su departamento en la Universidad de Lovaina. Tienen ocho, cinco y dos años. Quiso que fuera una secuencia perfecta. Los últimos dos niños no son

propiamente suyos, sino de su actual pareja, una investigadora rusa que había tenido gemelos por inseminación a los cuarenta años.

Una semana antes del accidente Magnus conoció a Federico en una entrega de premios de la cámara de comercio local. Magnus honra a la comunidad estableciendo su residencia allí. Federico era una estrella mundial.

A los dos días de conocer a Federico, Magnus tuvo una discusión con su pareja.

Magnus fue a recoger a los cinco niños a los distintos colegios donde estudian. Magnus olvidó a Kirian. Kirian es el mayor de los hijos de Svetlana, su pareja. Magnus no puede explicarse cómo pudo olvidarse de uno de sus niños. En el coche solo había cuatro niños, no era una operación complicada, se trataba únicamente de agregar elementos. Magnus olvidó a Kirian.

Magnus, que es capaz de calcular las cartas de una baraja en el blackjack, que ve los gráficos de probabilidad en una partida de texas hold'em, que mentalmente ve la suma exacta de ganancias y pérdidas de los oponentes, perdió la cuenta de sus niños. Fue Kristian, el mediano de los suyos, quien echó en falta a Kirian. Fue un niño de cinco años quien corrigió a Magnus, premio Nobel de Física.

Un día antes del accidente Svetlana anunció que se iba de casa. La Dirección General de Tráfico había enviado una foto del coche de Magnus. La fotografía era la de un Volvo a ciento cincuenta por la autopista. Era un radar de tramo, había una fotografía a la entrada de un túnel y otra a la salida. El cronometraje era irrefutable. Magnus Verhardt, la calculadora humana, había sido incapaz de calcular la velocidad de un vehículo en un tramo de un kilómetro para no exceder la media permitida. La fotografía era indiscretamente nítida. No daba lugar a dudas de la presencia de Magnus en el vehículo, en el asiento del conductor, y de alguien en el del copiloto.

Ese alguien era Federico Montorfano, con el torso inclinado sobre la zona oculta por el volante. Solo Magnus realmente conocía la identidad de su acompañante. No se lo reveló a Svetlana. Ahora se sabe, claro, la identidad: es la misma persona que lo acompañaba en la carretera comarcal donde ocurrió el accidente definitivo.

Federico era argentino. De sus orígenes calabreses apenas quedaba el apellido paterno y un par de recetas culinarias legadas por su abuela. Federico no era precisamente un lumbreras, nunca mostró ningún interés por acabar sus estudios primarios allá en Rosario, Argentina. A los diez años estaba claro que iba a ser futbolista. Federico Montorfano no resolvió nunca una simple ecuación de segundo grado. Sin embargo la mente de Federico era una de las mejores computadoras que existían. Su cerebro estaba en constante funcionamiento. Su cerebro tenía la precisión de una supercomputadora que controla las órbitas de un satélite de exploración de la NASA entre las lunas de Júpiter. Los ojos y los pies de Federico estaban calibrados al milímetro para calcular la parábola de un balón lanzado desde cuarenta metros. Allí donde caía estaba el empeine de Federico para rematar el balón.

Magnus Verhardt jamás habría podido hacer algo parecido. Federico tenía la habilidad de Magnus para ver las cifras y las fuerzas en su cerebro, pero en un campo de fútbol. Nunca hubiese sido capaz de hacer los cálculos sobre una hoja de papel. Federico Montorfano era el delantero centro de mi equipo. Iba a verlo al estadio cada dos fines de semana. En sus pies la física arrancaba aplausos. Magnus Verhardt apenas arrancó el oh! privado de algunos científicos que leían los resultados de sus estudios en revistas y blogs científicos. Y pese a todo Magnus despertó en Federico una admiración cómplice.

El día del accidente Magnus fue a pagar a la cabina de una estación de servicio; tuvo que pedir dinero prestado a Federico. Magnus Verhardt, que resolvía

cálculos infinitesimales desde los ocho años, había calculado erróneamente el dinero del que disponía en su bolsillo.

El día del accidente Magnus comió arroz pasado. Él, que era capaz de calcular funciones computables, había sido incapaz de calcular el tiempo de cocción de un arroz blanco. El día del accidente Magnus vertió una cantidad excesiva de cloro en su piscina. Se quedó corto al pagar su almuerzo. Fue incapaz de arrancar su ordenador.

Magnus, se dio cuenta, había perdido su habilidad. Los números y los gráficos habían desaparecido de su mente. La sensación no fue positiva. Él, que siempre había deseado un momento de tranquilidad en su vida, ahora se veía presa del desasosiego. La sensación era la de un fallo en el sistema. Su cerebro se había vuelto disfuncional. Solo una vez en su vida había tenido esa sensación: a los veintidós años Magnus se dio cuenta de que los ocho meses que había empleado en rebatir los teoremas del Nobel flamenco Bertram Van Haesendonck habían sido baldíos. Sus aplicaciones a la demografía y la estadística eran irrefutables. Nada de lo que tenía en sus manos servía. Tuvo que empezar de cero. Ni siquiera cuando se divorció de su primera esposa, ni cuando perdió dramáticamente a la segunda, ni cuando murieron sus padres, sintió un vacío tan absoluto. Conocer a Federico equivalía a todos esos dolores juntos, porque Federico era una variable que había obviado hasta entonces.

Magnus nunca debería haber abandonado el mundo de los números. Nunca debería haber entrado en el mundo de los mortales.

El informe del atestado hubiese satisfecho a Magnus: su muerte había conservado la esencia de su vida en forma de fórmulas matemáticas puras. En él se calcula la velocidad a la salida de la curva, la deceleración de la frenada, el impacto en kilojulios, la temperatura del incendio posterior. El forense encargado del informe, este humilde científico, reconoce que disfrutó secre-

tamente del placer intelectual de resolver un problema planteado por un ganador del Premio Nobel de Física. Descanse en paz.

